

LA INJUSTICIA DE LOS CRISTIANOS

DEFINIA hace unos años al Concilio el cardenal Felin, arzobispo de París, como un gigantesco examen de conciencia de la Iglesia.

Y, poco después, el Papa Pablo VI en su Encíclica ECCLESIAM SUAM, afirmaba que la Iglesia tenía que hacer su propio examen de conciencia, para mantener siempre visible su testimonio de amor evangélico.

Todos queremos seguir con atención los detalles de esta auto-crítica, porque resulta ejemplar que el organismo religioso al que Cristo ha prometido la indefectibilidad, acepte humildemente el someterse a esta purificación dura y descarnada que sus propios dirigentes están haciendo de él. Olvidamos, a veces, que este testimonio ejemplar de la Iglesia depende en gran parte de los católicos —sean obispos o simples fieles— porque somos nosotros los que tenemos que hacerla visible con nuestras obras de amor y de justicia, y no creer que lo es, simplemente, porque está a la vista su organismo jurídico.

Pero si nos contentamos con dar un simple mensaje hablado y nuestros hechos no corresponden al mismo, el testimonio de la Iglesia fallará en gran parte, porque su eficacia será mucho menor. Eso es lo que vemos en estos últimos siglos con las posturas puramente polémicas que hemos mantenido, primero contra el protestantismo, después contra el progreso y evolución del mundo moderno, y ahora contra el ateísmo. Hemos olvidado que al protestantismo no se le combate con condenaciones, sino con comprensión de los problemas suscitados por los primeros reformadores del siglo XVI. A la evolución de nuestro mundo se le da respuesta con un mayor amor, efectivo y brindando soluciones justas a los egoísmos sociales. Igualmente, al ateísmo sólo se le puede superar con hechos, que demuestren que creemos los cristianos en un Dios que pide a sus seguidores que se interesen por la justicia entre los hombres.

Pero si combatimos indiscriminadamente lo bueno y lo malo que trajo la Reforma protestante, o somos reticentes ante los avances de la ciencia y la técnica actuales, porque creemos que son peligrosos para el espíritu humano, entonces estamos fomentando la des cristianización del mundo, como ahora vemos claramente. Pero las lamentaciones nunca han resuelto nada; y lo mismo sean las críticas de los males del mundo, como el lamentarnos de nosotros mismos.

Lo que falta es que la Iglesia, en su conjunto, tome en serio la tarea que le incumbe, la cual «no es solamente difundir su mensaje; sino también adoptar una nueva manera de amar a los hombres, y de ayudarles en lo concreto» (monseñor Elchinger).

A veces, cuando leo lo que se escribe acerca del Concilio por algunos, pienso que la reacción de los lectores debe ser de desorientación ante lo vago de ciertas informaciones; el desánimo al no comprender el sentido de lo que está haciendo la Iglesia en Roma; y de desilusión por encontrar algunas cuestiones demasiado abstrusas.

Por eso no es extraño que algunos padres conciliares, con profunda energía, hayan reaccionado contra esa vertiente de algunos eclesiásticos a aguar todas las cosas, y caer en el «prudencialismo».

Los textos conciliares, han caído en alguna ocasión en estos defectos; pero mucho más que los textos mismos lo han hecho las informaciones temerosas de quienes con ello creen ayudar a la Iglesia y, sin darse cuenta, lo que están haciendo es desconfiar de ella.

Sin casi percatarnos, los obispos reunidos en Roma han aprobado completamente dos esquemas conciliares en los pocos días de

septiembre que llevan reunidos. El esquema sobre la Revelación ha recibido los plácemes definitivos de la Asamblea; y lo mismo el esquema de Apostolado. La única lástima ha sido, como antes digo, que no hemos estado suficientemente informados sobre el contenido de estos dos esquemas, y el significado tan importante que tienen para el futuro de la Iglesia. Sobre el esquema de la Revelación, solamente diré a mis lectores que supone la superación total de la polémica anti-protestante, que ha durado desgraciadamente cuatro siglos.

Y en lo que se refiere al esquema sobre Apostolado de los seglares, que suena a primera vista a algo demasiado clerical, resulta que lo que ha sido aprobado es justamente lo contrario. Es algo así como la Carta Magna del Apostolado Secular, en la que se defiende a éste contra los excesos de un autoritarismo eclesiástico excesivo, por un lado; y por el otro, se evita el «angelismo», que no es ni más ni menos que vivir siempre en las nubes, sin comprometerse a nada para conseguir una mayor justicia en el mundo actual.

SUPERADA la dificultad de aprobar dos esquemas conciliares completos en tan poco tiempo, se ha emprendido un auténtico progreso en la marcha conciliar, que pareció encontrarse en un callejón sin salida cuando se discutió, días pasados, la libertad de religión. Pero la espectacular aprobación, en principio, de la sustancia del esquema de libertad religiosa, produjo una aceleración en los trabajos conciliares, que ha sido sumamente práctica. De ahí que, un difícil y comprometido texto conciliar —el de la Iglesia en el mundo—, que se suponía iba a dar mucho trabajo, esté adelantando día tras día, porque se ha pasado de las críticas puramente negativas del principio, a la fase constructiva en la que se están aportando ideas verdaderamente sugerentes e interesantes.

Este esquema recibió los ataques del arzobispo de Diamantina (Brasil), y los de monseñor Hermaniuk de Winnipeg (Canadá). El primero, escandalizado ante algunas expresiones progresivas del esquema conciliar, cayó en la fácil crítica de colgarle el sambenito de las ideas del padre Teilhard de Chardin, que la oveja negra de la Iglesia para todos los ultra-conservadores y retrógrados del mundo entero, que a veces más que clérigos, lo son algunos seglares. En cambio, el segundo (que, a pesar de hallarse en América del Norte, es de rito oriental), pensaba que el esquema todavía tenía una forma demasiado eclesiástica y excesivamente escolástica: objeción que algunos han expresado crudamente diciendo que era un texto demasiado influido por la mentalidad y la cultura occidentales.

A estas críticas extremas, sucedieron otras críticas razonables de este extenso esquema, que contiene 30.000 palabras en 105 páginas, y que ha sido enviado en lengua francesa con el fin de que fuera bien entendido, ya que el latín se presta muy mal a la expresión de los problemas de este mundo actual. El cardenal Bea, dijo hace pocos días que, a pesar de haber explicado en latín las ciencias eclesiásticas durante casi toda su larga vida, sin embargo, tenía que acudir a la traducción en francés —hecha oficialmente— para entender lo que quería decir la versión latina de este gran texto, sobre la Iglesia en el mundo.

LAS críticas más razonables han venido, sobre todo, de tres obispos de lengua francesa: monseñor Guerry, monseñor Cardijn, y monseñor Himmer.

El arzobispo de Cambrai, pidió —además de otras cosas— que se tomase en serio el desarme de todas las naciones, y que con el ahorro de los gastos de material de guerra se hiciera un fondo de coope-



por
**ENRIQUE
MIRET
MAGDALENA**

Dos de los cardenales cuyas intervenciones en los debates sobre la libertad religiosa y el esquema relativo a la Iglesia y el mundo han despertado considerable interés: Wyszynski, de Varsovia, y Cushing, de Boston.

ración para los países del tercer mundo. El segundo, el fundador de la Juventud Obrera Cristiana, insistió que debía intentarse por todos los medios suprimir no sólo la injusticia entre las clases sociales, sino también entre las naciones. Para él es un escándalo gravísimo que en un mundo donde la mayoría de los hombres padecen hambre, las naciones cristianas sean las más ricas. Como lo es el que olvidemos que la juventud es la mitad de la Humanidad; y el mundo futuro de ellos, y no de nosotros: «invitémoslos a ser responsables, civilmente y no paternalmente».

Y monseñor Himmer, obispo belga, denunció que «a los obreros no se les ha reservado ningún lugar importante en este esquema, cuando resulta que son la mayor parte de la Humanidad». Y, para terminar, ha afirmado algo importantísimo: que el estímulo egoísta del dinero, sobre el cual se basa toda nuestra economía capitalista, es algo que tiene que ser superado, y está en vías de ello en muchos hombres de buena voluntad. ¿Podríamos decir, sin embargo, lo mismo de algunos católicos burgueses que desean para sus hijos únicamente el dinero, y la ficticia seguridad que éste da? La Iglesia debe hacerse eco de una realidad ejemplar que proviene, en algunos países, de esas personas que se han promovido cultural y humanamente, procedentes del mundo monetario. Observa, por eso, este padre conciliar, que en esta promoción humana quienes se liberan de la esclavitud de su condición proletaria muchas veces «tienen una estima mayor por su capacidad profesional que por su afán de dinero». Lo grave —como hemos dicho— es que no siempre han sido los cristianos quienes han dado este testimonio de desprendimiento y de verdadera cultura, sino quienes se habían alejado de la Iglesia, escandalizados por la falta de sentido de justicia, que tienen muchos que dicen ser católicos.

EL capítulo que ha levantado mayor interés, en este esquema de la Iglesia en el mundo, ha sido el número 19, sobre el ateísmo. Desde el profundo batallador Máximos IV, hasta monseñor Seper, arzobispo de Zagreb, hemos pasado por todos los tonos durante esta discusión conciliar.

«Hay que distinguir las diferentes formas de ateísmo, y buscar

sus causas y sus remedios, para encontrar una línea de conducta», ha dicho el patriarca Máximos IV. «Los cristianos todavía son demasiado partidarios de un orden social atrasado, y por eso son a menudo ellos mismos la causa del ateísmo», afirmó el cardinal Seper.

Esas dos intervenciones tan sinceras dan lugar a seria reflexión para los católicos: por un lado procuran acostumbrarnos a vencer nuestra tozudez condenatoria, en la que caemos frecuentemente, con evidente infantilismo, creyendo que basta condenar a los que no piensan como nosotros, para dar por superado el problema que plantean; y por el otro nos hacen caer en la cuenta de que, muchas veces, la culpa de su ateísmo, o de su anti-cristianismo, proviene más de nosotros mismos, que de ellos.

Los psicoanalistas tendrían que analizar estas actitudes excesivamente agresivas de ciertos católicos intransigentes, que, con su provocación, en el fondo no revelan nada más que el miedo a afrontar con sinceridad la culpabilidad que nos incumbe a todos los cristianos en el ateísmo de muchos hombres. Es sabido que el padre Arrupe, nuevo general de la Compañía de Jesús, ha sido encargado por el Papa de estudiar a fondo el problema del ateísmo contemporáneo, con el fin de remediar sus causas, ya que todo lo que se ha hecho hasta ahora ha sido bien poco eficaz. El motivo fue que desconocíamos la mentalidad de los ateos, y nos dedicábamos a elucubrar, en un tono insufriblemente escolástico. Tono trasnochado que no solamente no convence a los incrédulos, sino que deja muy poco convencidos a todos los cristianos que se plantean seriamente estas cuestiones. Incluso, este gran jesuita, ha dicho que el problema del ateísmo era menos teórico que práctico; y que debíamos abordarlo con encuestas y estudios sociológicos serios, más que con silogismos abstractos que nada dicen a la mentalidad del siglo XX. Sólo una reflexión, sin prejuicios, que tenga en cuenta la realidad de las causas del ateísmo, podrá dar las bases para la superación de este problema, nuevo para la Humanidad, porque nunca se manifestó en el mundo antiguo.

(Foto AP-EUROPA)